



Aurora.

EL ATRACTIVO.

QUE la belleza física no basta á conmover dulcemente nuestra alma es una cosa tan cierta, que muy á menudo vemos mugeres lindísimas que apénas siguen nuestros ojos, y de las que nos separamos con indiferencia, sin guardar ni una memoria que nos siga por todas partes. Hay por el contrario, mugeres que en un instante se hacen interesantes á nuestros ojos porque es grata su mirada, y hechicera su sonrisa; y porque creemos descubrir, adivinar en su alma algo de las ideas y de los sentimientos que nos dominan. Y en esto consiste el atractivo de la muger.

Nunca fué sensual este atractivo para ser duradero. El placer que es solo de los sentidos, es muy inferior á la naturaleza privilegiada del hombre, que se degrada y se envilece al buscar goces en que no tomará parte su alma. El verdadero atractivo se siente en lo mas íntimo del corazón, no solo cuando brota abrasadora la llama del amor, sino tambien

cuando el pecho se abre á la amistad ó á la *simpatía*. Siempre que creemos descubrir en la muger ardientes sentimientos; siempre que nos parece capaz de pasiones generosas, tiene un atractivo irresistible para nuestra alma.

Se ama con fuerza en la juventud, en la risueña aurora de la vida; pero bien pronto el tedio y el desencanto vienen á helar el corazón. Cuando se han apurado todas las amarguras del desengaño y de las ilusiones desvanecidas, deseáramos cerrar nuestro corazón á nuevas impresiones; pero esto es imposible, porque siempre sobre él tiene una magia incomparable y un extraño prestigio el atractivo de la muger. En medio del dolor, del aislamiento y del infortunio, á veces el único bálsamo para las llagas del alma suele ser la mirada ó la voz de una muger. Es angélica, sublime su misión, de curar como por encanto, de mitigar nuestros males morales.

Ya no irémos á rendir á sus piés un culto de fuego, ya nuestros labios no brotan dulces palabras de amor: conocemos que es tanta la amargura que nos inunda, que bastaría á llenar otro corazón; y sin embargo, el atractivo de la muger nos seduce y alivia nuestros continuos pesares.

Cuando nos entregamos á las doradas ilusiones del amor, cuando soñamos ser amados, entónces no es extraño que nuestro corazón se estremezca, que todo nuestro ser se conmueva al ver á la muger que adoramos, ó al pasar su memoria por nuestra mente. Pero cuando ya tememos abrigar tales esperanzas, como se temen los senderos sembrados de flores que están al borde de los abismos, entónces sí, es inesplicable la dulce y benéfica influencia que en nosotros ejerce el

atractivo de la muger, atractivo que no consiste en la belleza física, sino en lo que creemos descubrir del alma, al través del velo que impone la sociedad con sus caprichos, á la emoción y al sentimiento.

Del mismo modo que para nuestra vida material buscamos siempre un poco de aire, un poco de luz; lo mismo que anhelamos á veces distraer nuestra vista con el agradable aspecto de risueños paisajes, así moralmente sentimos la imperiosa necesidad de ver y contemplar á la muger. Ah! de este ser delicado he tenido siempre las ideas mas elevadas, que no quiero perder jamas y que debo sin duda á la dicha que tuve de mirar tan de cerca la existencia de mi madre. No, no quiero figurarme degradada á la muger por los defectos que en ella suelo encontrar, esto seria tan injusto como suponer oscurecidas todas las estrellas que lucen en la inmensa bóveda del cielo, porque solemos ver la caída rápida del aereolito, seria negar la belleza de la luna, porque en ella se descubren oscuras manchas....

A pesar del ardor y de la impetuosidad con que siento, soy capaz del espiritualismo mas ecsagerado, de ese espiritualismo en que se olvida uno de su propia existencia. Y así es como es agradable contemplar á la muger. En medio de la felicidad ó del infortunio, necesitamos ver de cuando en cuando á una muger, cuyas miradas llenas de luz, sean penetrantes y suaves, cuya boca sonría con dulzura, cuyo seno palpitate á nuestros ojos, cuya voz resuene en nuestro oído. El peregrino cansado despues de haber atravesado arenales desiertos, y llanuras llenas de abrojos, necesita pasar por entre ramages de bosques copados y frescos; el marino que lucha con

la tempestad embravecida, necesita descubrir en el cielo el fulgor de alguna estrella; el ave que ha cruzado por los aires del trópico abrasados por los rayos del sol, busca una rama que le preste abrigo, el ciervo perseguido entre las selvas, busca las linfas del arroyo; así el alma del hombre necesita mirar á la muger en medio de la senda de su vida.

Escuchar su acento melodioso y puro, gozar de la espresion de sus pensamientos y de sus emociones, es dulce, es consolador; y tambien consuela mirarla en silencio, sin que ella emplee mas lenguaje que el de sus ojos luminosos, que el de la sonrisa que juega en sus labios . . .

Es tan poderoso ese atractivo de la muger, es tan benéfico, que al sentir su fuerza irresistible no pensamos en si ella sabe lo que ha sentido nuestra alma, no aspiramos á los placeres del amor, á la espresion de la amistad, nos basta con tener una mirada, como á la flor le basta una gota de rocío, para su dicha.

¿No se reanima el insecto con un rayo del sol, sin desear elevarse hasta él? Pues así el alma revive á la sensibilidad por medio del atractivo de la muger, sin querer por esto poseerla, ni ser su constante dueño.

El atractivo de una de esas mugeres, cuyo aspecto nos llena de consuelo, hace revivir las ilusiones perdidas, evoca todos los recuerdos de la felicidad pasada, y tal vez hace lucir un destello de esperanza que no por ser rápido y fugaz deja de ser bello, como no deja de ser vivísima la luz del relámpago por ser veloz como el mismo pensamiento . . .

Cuando en el rostro de la muger se pinta la inocencia y el candor, su atractivo es irresistible; en su derredor creemos res-

pirar su aliento purificado é impregnado de celeste dicha. La virtud, que casi siempre se trasluce en la fisonomía de la muger, es su encanto mas poderoso.

Y si la mirada lánguida de la muger, la palidez de su tez, ó la tristeza de sus pensamientos indican que tambien para ella ha tenido el mundo flores llenas de espinas y veneno, su atractivo es la simpatía mas viva con aquellos que saben lo que son sufrimientos y martirios. Ah! Desearíamos que aumentaran nuestras desdichas con tal que no hubiera sufrido la muger que nos encanta, y sus penas son tanto mas dolorosas para nosotros, cuanto que nos parece duro y violento que los ángeles tambien tengan que venir á llorar á la tierra.

El atractivo de la hermosura dura solo un instante, el de la virtud es eterno, el corazon se siente conmovido cuando en la muger encuentra inocencia, candor ó piedad, y el sufrimiento y el pesar prestan tambien atractivo á la muger.

Sea cual fuere la situacion de nuestra alma, siempre en ella tiene un poderoso atractivo la muger, porque siempre hay una necesidad de suaves emociones de ternura y nunca el infortunio llega á extinguir el culto de lo bello, ni de la virtud. Las regiones mas áridas reciben los rayos del sol, y reverberan con su luz.

A LAURA.

TAN solo el silencio del bosque sombrío

El viento interrumpe con blando rumor,

Con manso murmurio, las aguas del río

Deslizan sus aguas bañando la flor.

Se aduermen las auras allá entre el ramage,

Las límpidas fuentes se escuchan bullir,

Del ave que cruza, el canto salvaje

Cual eco distante se deja oír.

El sol que radiante sus rayos envía.

Del bosque á la alfombra no puede cruzar,

Y solo se escucha fugaz melodía,

De ninfa que entona su dulce cantar.

Las frentes levantan las cándidas flores
Que esparcen en la aura gratísimo olor,
Y allá en la enramada, alados cantores
En trova sentida se dicen su amor.

Del lago en las ondas de bello zafiro
Del cisne las alas se miran flotar,
Y luego mas dulce que triste suspiro,
Se deja su canto lejano escuchar.

Del sol los calores modera la sombra
De sauce elevado y verde laurel,
Que hay césped y flores que sirven de alfombra,
Y verde follage por regio dosel.

Ven, Laura, ven; la soledad callada
Siempre el asilo fué donde brotaron
Tiernos recuerdos de la edad pasada
Que en el placer y en el amor volaron.

Ven, si el dolor las horas transitorias
Acompaña del hombre en este mundo,
Evoquémos de amor nuestras memorias,
Para calmar nuestro dolor profundo.

Ven, de otros tiempos á mi mente bellos
 Las endechas dulcísimas inspira,
 Y de la antigua llama á los destellos
 Entre tus brazos pulsaré mi lira.

Quiero en tu seno reclinar mi frente,
 Y sentir de tu seno los latidos,
 Para gozar los sueños de mi mente
 Que en mis insomnios contemplé perdidos.

Aquí el arcángel de mi amor risueño,
 Sobre mi sien desplegará sus alas,
 Y al despertar de mi encantado sueño
 Lo encontraré con su beldad, sus galas.

Ven, huyamos del mundo, que su orgía
 No turbe nuestra paz; por rumbo incierto
 Huyamos de los hombres, Laura mia,
 Calma y amor nos brindará el desierto.

Así el ave que mira en negro cielo
 El rayo atroz que en en la estension refleja,
 Bate sus alas, y con raudo vuelo
 De la enramada y del pensil se aleja.

Que es grato pasar el día
 Vida mia
 En soledad silenciosa,
 Mirar resbalar la fuente
 Transparente,
 Besando la fresca rosa.

Y grato escuchar el trino
 Peregrino
 Del pintado ruiseñor,
 Que llama á su bien ausente
 Dulcemente,
 Volando de flor en flor.

Y escuchar como un suspiro
 En su giro
 El aura que blanda juega,
 Y robando sus olores
 A las flores,
 Sus tiernos broches desplega.

Tu pálida sien reclina
 Peregrina
 En mi ardiente corazón,
 Que yo arrullaré tu sueño,
 Dulce dueño,
 Con amorosa canción.

Por no turbar tu reposo
 Silencioso,
 Sus alas plegará el viento,
 Tristes cruzarán las aves,
 Y suaves
 Mandarán á tí su acento.

Y te veré entusiasmado
 Y ecstasiado
 Angel de mi bello Eden,
 Sellaré con embeleso
 Dulce beso
 Sobre tu cándida sien.

Se calmarán mis enojos
 Si tus ojos
 Fijas con amor en mí.
 Me hará olvidar tu ternura
 La amargura
 Que en otro tiempo sufrí.

Y si una lágrima ardiente
 Tristemente
 Ves de mis ojos correr,
 No es lágrima de quebranto,
 Que ese llanto
 Es el llanto del placer.

Mas ¿por qué de tus ojos ¡oh Laura!
 Rueda el llanto que arranca el tormento?
 ¿Qué terrible y fatal pensamiento
 Por tu mente penoso cruzó?
 ¿Por qué el cielo apacible se enluta,
 Y en tus labios de púrpura rojos
 Espiró la sonrisa, y tus ojos
 Con su sombra el dolor empañó?

¿Por qué bajas el rostro, y tu llanto
 Ocultar á mis ojos pretendes?
 ¿Nuestra suerte terrible comprendes?
 Laura, ¿temes mi dicha destruir?
 Ya lo sé; realidad espantosa
 Nuestros sueños de gloria destruye,
 Sombra errante de un sueño que huye
 Cuando vemos la aurora lucir.

Ven, lloremos, las lágrimas sean
 Fresca lluvia en el campo infecundo;
 Ven, lloremos lejanos del mundo,
 Mientras puedan los ojos llorar.

Si una suerte terrible nos une,
 Del destino sigamos la estrella
 Y busquemos su fúlgida huella
 Hasta un fin venturoso encontrar.

Mas hasta ese consuelo nos niega
 En su saña la bárbara suerte;
 Solo el soplo feroz de la muerte
 Logrará nuestras almas reunir.

Cruzarémos el mundo apartados,
 Sin consuelo, ni amor, ni ilusiones,
 Tal vez, Laura, en ignotas regiones
 Se podrán nuestras almas unir. . . .

Junio 30 de 1851.—LUIS G. ORTIZ.

LA REINA Y LA PASTORA.

(PARÁBOLA.)

EN verdad os digo que quien envidia la condicion agena no sabe lo que envidia.

En un tiempo que pasó ya, habia una reina, que dominaba estensas comarcas, que contaba por millones el número de sus vasallos, que oía resonar continuamente en sus oídos el suave murmullo de la lisonja, como se oye á la hora de siesta el continuo zumbido de la abeja que gira en torno de las rosas.

Y era la reina jóven, y su frente relucia como un cielo sereno, y la voz de los hombres la aclamaba la mas bella de las mugeres.

Y sus caprichos eran leyes, y su voluntad soberana.

Y la reina no era feliz.

Porque la felicidad huye de la grandeza y del fausto.

Es una ave caprichosa que gusta de formar su nido en la soledad y en el silencio, y que se refugia en lo mas íntimo del corazon.